

La sinestesia política de Europa

RESUMEN: El nuevo Parlamento Europeo, elegido en elecciones directas a finales del pasado mes de mayo y constituido formalmente el día 1 de julio, abre un nuevo horizonte para el proyecto europeo. En medio de serias incertidumbres y tensiones, este editorial se sitúa en la línea de un europeísmo firme pero crítico. Destaca la tremenda desafección de la ciudadanía respecto a la política europea, claramente expresada en la baja participación electoral. Analiza los juegos de poder de los grupos mayoritarios. Subraya el ascenso de la ultraderecha, de los grupos euroescépticos y eurófobos y de los diversos populismos. Indica la importancia de actuar a favor de la cohesión social, regional y cultural. Y termina apostando por recuperar el horizonte del proyecto europeo.

PALABRAS CLAVE: Parlamento Europeo, desafección ciudadana, déficit democrático, gran coalición, crisis del euro.

Las elecciones al Parlamento Europeo celebradas el pasado 25 de mayo fueron consideradas, ya antes de conocer sus resultados, como las más importantes de su historia. Esta afirmación se apoyaba, por un lado, en el hecho de ser las primeras elecciones tras la grave crisis del euro, y por otro lado, en el significado que tenían de cara a una posible reforma de la arquitectura institucional europea. Una vez realizadas las elecciones debemos ofrecer alguna luz sobre el sentido de las mismas, analizando los resultados electorales y ensayando alguna interpretación del proyecto europeo en estos momentos. Para ello, nos apoyamos en la figura retórica de la sinestesia, tomando como hilo conductor los cinco sentidos corporales (el oído, el gusto, el olfato, el tacto y la vista).

Oír al pueblo: la abstención

Lo más importante y significativo de las elecciones al Parlamento Europeo ha sido, una vez más, la baja participación, situada en esta ocasión en torno al 43%. Por supuesto, hay grandes diferencias entre países, desde un 90% en Bélgica o Luxemburgo (donde la participación electoral es obligatoria) hasta un escuálido 13% en Eslovaquia. ¿Dónde quedaron

aquellos resultados de participación en torno al 60% durante la década de los ochenta? En España, por ejemplo, hemos pasado del 69% en 1987 a un escaso 46% este año.

Lo llamativo es que, tratándose de resultados tan pobres, algunos líderes políticos han respirado tranquilos, como pensando «podría haber sido peor». Es cierto que la evolución descendente se ha frenado (43% en 2009, 43,1% en 2014) pero ello no puede servir de ningún consuelo. Desde el año 1999, y a lo largo de todo el siglo XXI, ninguna de las elecciones al Parlamento Europeo ha logrado una participación superior el 50%, lo cual habla de una crisis de legitimidad muy relevante.

Todo esto se agudiza porque las elecciones al Parlamento Europeo suponen la única posibilidad de participación directa de la ciudadanía en las diversas instituciones de la Unión. Se critica mucho el déficit democrático en el proceso de construcción europea, y por ello resulta aún más desconcertante esta baja participación. Claro que, bien pensado, la democracia nunca se ha limitado a emitir el voto cada cuatro o seis años, sino que incluye otros muchos ámbitos, modos y procedimientos con los que ejercer una participación activa. La sabiduría ciudadana parece estar diciendo que, mientras no se arregle esto, será muy difícil movilizar a la ciudadanía de cara a las elecciones y, lo que es aún más grave, vincularla al proyecto europeo.

La primera lección de estas elecciones es, sencillamente, oír la voz del pueblo, que habla más allá de las urnas. Hay que escuchar la profunda desafección que la ciudadanía siente ante este proyecto europeo. Si no reconocemos y corregimos la distancia existente entre los ciudadanos de a pie y las élites (culturales, políticas y económicas), el proyecto europeo difícilmente tendrá futuro y, sobre todo, no podrá ser verdaderamente democrático.

Evitar el mal gusto: los grupos mayoritarios

La elección del Presidente de la Comisión se ha convertido, en esos momentos, en la piedra de toque del proceso democrático europeo. Aunque desde el punto de vista formal el presidente siempre ha sido elegido por el Parlamento, la realidad es que, hasta ahora, el candidato era nombrado por un acuerdo entre los jefes de gobierno de los Estados miembros (y, particularmente, a través de negociaciones secretas y con

equilibrios de poder entre los más poderosos). Pero en esta ocasión, el candidato surgirá de los propios grupos parlamentarios. Por primera vez ha habido candidatos nominados por las familias políticas europeas, entre los que destacan Jean-Claude Juncker, por los populares, y Martin Schultz, por los socialistas, pero también Guy Verhofstadt (liberales), Ska Keller (verdes) y Alexis Tsipras (izquierda).

Ahora bien, el resultado de las elecciones ha creado una situación difícil de gestionar. Por supuesto, ninguno de los grupos tiene mayoría suficiente en el Parlamento: 221 los populares y 191 los socialistas, sobre un total de 751 parlamentarios. Los resultados hacen imposible cualquier alianza amplia de derecha o de izquierda, por otro lado extremadamente difícil desde el punto de vista político. Con ello, estamos abocados a una gran coalición entre los dos grupos mayoritarios de la cámara, que suman el 55% de los parlamentarios. De hecho, en la práctica, es así como ha funcionado el Parlamento Europeo a lo largo de estos años, en una tendencia creciente: durante la última legislatura, en torno al 70% de las votaciones han salido aprobadas con el apoyo de los dos grandes grupos.

En este contexto, el día 10 de junio, tuvo lugar una mini-cumbre en Suecia, en la que los jefes de gobiernos de Alemania (Angela Merkel), Reino Unido (David Cameron), Holanda (Mark Rutte) y Suecia (Fredrik Reinfeldt). En esta ocasión, David Cameron amenazó con abandonar la Unión Europea si el europeísta-federalista Juncker era elegido Presidente de la Comisión. Se trataba de un chantaje en toda regla, que en aquel momento no fue del todo despejado con la claridad y contundencia que se requería. Para entonces, la posibilidad de apostar por otro candidato ya se había hecho presente como una realidad a considerar. De hecho, se sugerían algunos nombres destacados, como el de la francesa Christine Lagarde. El resultado final, como ahora veremos, es un triunfo del Parlamento y una derrota de Cameron, aunque siga habiendo cierta ambigüedad en el proceso.

Más allá de su poder concreto, es claro que la elección del Presidente de la Comisión tiene una carga simbólica especial, más aún tal como se planteó antes de las elecciones de mayo. Tras semanas de negociación, los grupos popular y socialista llegaron a un acuerdo básico de legislatura. Jean-Claude Juncker será el próximo Presidente de la Comisión, apoyado por ambos grupos políticos. La presidencia del Parlamento será rotativa: Martin Schutz la ocupará durante la primera mitad de la legislatura, siendo sustituido por un candidato popular pasados los dos años y medio.

Aunque este acuerdo tiene la ventaja de garantizar la estabilidad institucional, tiene también el riesgo de transmitir la impresión de que, una vez más, los partidos políticos renuncian a sus ideas, proyectos y programas simplemente para repartirse cuotas de poder. Siendo como ha sido este punto central en la campaña electoral, será difícil que la ciudadanía entienda esta decisión y, por el contrario, puede convertirse en un lastre más, que refuerce la sensación de déficit democrático. El hecho de que el acuerdo recuerde tanto la gran coalición alemana y de que los socialistas no hayan conseguido suavizar las medidas de la austeridad, apuntan al inmenso poder de Angela Merkel que, con razón, genera grandes suspicacias.

Por todo ello, nos parece que, ante esta delicada situación, hay que actuar con habilidad. Y hay que evitar transmitir una impresión de que la élites políticas hacen y deshacen a su antojo. Que la voz de la ciudadanía no sirve para nada. Que no estamos ante un verdadero parlamento sino ante otra cosa. Todo ello sería un suicidio del proyecto europeo. Por eso decimos que hay que evitar el mal gusto: no sólo hay que actuar con inteligencia y tomar decisiones adecuadas, sino hay que comunicarlas bien, hacer pedagogía del proceso y hay que transmitir sensación de rotundidad democrática. Sin ello, el desapego y la desafección solo pueden crecer más y más.

Olfatear el malestar: ultraderecha, eurófobos, populismos

Uno de los resultados más preocupantes de estas elecciones al Parlamento Europeo es el ascenso de la ultraderecha. Por supuesto, el dato más significativo ha sido la victoria del Frente Nacional en Francia que, con el 26% de los votos, se convirtió en la primera fuerza política del país. Además, el Partido por la Libertad Austria (FPÖ) rozó el 20%; Jobbik, el Movimiento para una Hungría Mejor, ha estado cerca del 15% de los votos; en los Países Bajos, el Partido por la Libertad (PVV) de Wim Wilders obtuvo el 13%; en Grecia, los neonazis de Amanecer Dorado se situaron por encima del 9%. En Bélgica, los flamencos del Vlaams Belang lograron el 4%, mientras que los neonazis alemanes del Partido Nacionaldemócrata (NFD) lograron un eurodiputado.

Un segundo grupo que ha salido reforzado tras estas elecciones es el de los euroescépticos y eurófobos. Sin duda, otro de los grandes triunfadores de la jornada electoral fue el United Kingdom Independence Party (UKIP),

liderado por Nigel Farage, que logró el 27% de los votos y convertirse así en la primera fuerza política de su país. Más allá de reforzar y visibilizar el tradicional euroescepticismo británico hasta límites insospechados, su papel está siendo decisivo —aunque indirecto— en las posiciones del primer ministro Cameron respecto a la Unión Europea.

Aunque inmediatamente después de las elecciones se especuló con la posibilidad de una alianza entre Le Pen y Farage para constituir un grupo conjunto en el Parlamento Europeo, las negociaciones realizadas en estas semanas han mostrado que no existe (¿por ahora?) tal bloque. Al menos de momento, Marine Le Pen ha sido incapaz de aglutinar a la ultraderecha europea, mientras que Nigel Farage sí ha conseguido formar un grupo propio, uniendo los 24 diputados del UKIP a los 17 del Movimiento 5 Estrellas, de Beppe Grillo, más una diputada tráfuga francesa del Frente Nacional, junto con otros dos del Partido Orden y Justicia de Lituania, uno del Partido de Ciudadanos Libres de la República Checa, dos de los Demócratas de Suecia y uno de la Unión de Campesinos de Letonia. En total, 48 eurodiputados de siete delegaciones nacionales formarán el Grupo Europeo por la Libertad y la Democracia, dándose así la paradoja de que euroescépticos constituyen los el tercer grupo de la eurocámara. Por su lado, el Frente Nacional francés queda sin grupo parlamentario propio y deberá incorporarse a los No Inscritos.

Junto a la ultraderecha y a los eurófobos, debemos considerar un tercer grupo, aún más difuso, que podríamos llamar el del los populismos. La formación más clara en este ámbito es la de Beppe Grillo y su anti-política encarnada en el Movimiento 5 Estrellas. Lo más relevante de esta posición es que habla del descrédito que sufren los partidos y las instituciones y de la creciente desafección de la ciudadanía. Distanciamiento, suspicacia o sospecha son algunas de las palabras que sirven para identificar este sentimiento, que también puede plasmarse en el lema “no nos representan”. La sorprendente irrupción de Podemos en España (e incluso los resultados de Syriza, en Grecia, que con el 27% de los votos se convirtió en la primera fuerza del país) tienen conexión con este fenómeno europeo. Por supuesto, hay muchos factores implicados en los resultados de *Podemos*, pero uno de ellos es el agotamiento de la partitocracia. Populares y socialistas harían bien en estar muy preocupados y tomar nota del mensaje recibido en las urnas (en España, por ejemplo, es la primera vez en la historia de nuestra democracia en que la suma de los dos principales partidos queda por debajo del 50% de los votos emitidos). Pero otras fuerzas políticas —como los nacionalistas,

Izquierda Unida o UPyD— tampoco deberían estar muy satisfechas, puesto que ninguna de ellas ha sabido canalizar el evidente malestar social que existe en la sociedad.

Actuar con tacto: cohesión social

Uno de los grandes retos del proceso de construcción europea es el de la cohesión social. Como en todo aspecto de la realidad, también aquí hay luces y sombras. Nadie puede echar las campanas al vuelo sabiendo que 124 millones de europeos viven en riesgo de pobreza y exclusión social, lo cual significa casi el 25% de la población. La desafección política no camina por derroteros muy distantes de la falta de cohesión social. Al mismo tiempo, con perspectiva histórica, se debe reconocer que este punto ha sido uno de los logros más relevantes de la Unión Europea (si bien, logro limitado, frágil y parcial) y que constituye una de las señas de identidad del proyecto europeo.

Simplificando mucho y exagerando un poco, puede decirse que el principal resultado de la Unión Europea ha sido lograr una paz estable, poniendo fin a la “guerra civil europea”, manifestada en tres explosiones sucesivas: la guerra franco-prusiana (1870-1871), la Primera Guerra Mundial (1914-1917) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Interesa reconocer no sólo el efecto de la pacificación buscada, sino también el camino empleado para ello: desde el Plan Marshall, se apostó por la integración económica como vía clave no sólo para la reconstrucción tras la guerra, sino también para sentar las bases de una reconciliación futura. Para ello, las decisiones políticas guiaron el proceso y los sucesivos pasos de integración política fueron vistos como etapas intermedias en el camino de cohesión. Al mismo tiempo, es cierto que la permanente ambigüedad o reticencia británica estaba ya presente desde el inicio.

Si superar la fractura franco-alemana está en el corazón del proyecto europeo, las sucesivas ampliaciones pueden leerse desde unas claves similares. En la década de 1980, la incorporación de España, Portugal y Grecia suponen un intento de superar la fractura Norte-Sur en el continente. Y es justo reconocer que en estas dos décadas ha habido avances significativos; al mismo tiempo, la gravísima crisis económica en la que aún estamos inmersos ha mostrado la fragilidad de lo conseguido, la persistencia de arraigados prejuicios mutuos, la realidad de un desequilibrio aún muy grande y el serio riesgo potencial que supone esta

fractura. En la década de los años 1990, la ampliación de Europa hacia el este, incorporando los países ex soviéticos, supuso también un intento de superar la fractura Este-Oeste. Tras la caída del muro de Berlín, y muy marcado por la reunificación alemana, es posible que el proceso fuese más rápido desde el punto de vista formal-institucional de lo que la misma realidad social y sus ritmos podían asumir.

En todos estos casos, estamos ante un proceso semejante: retos objetivos, decisión política, gradualidad en las medidas, claridad en el horizonte e instrumentos de acción sistemática. En este sentido, hay que destacar positivamente el papel positivo que han jugado los fondos estructurales y de cohesión, de cara a una progresiva integración social. Una última observación: cuando hablamos de cohesión europea, no podemos limitarnos a la cohesión geográfica (que es lo que hemos destacado en los ejemplos anteriores) sino que es aún más importante la cohesión interna. Por ello, el gran reto del momento para Europa es vencer la pobreza y la exclusión social, superar el racismo y la xenofobia, corregir las tendencias discriminatorias y eliminar las barreras que generan división. Si no se logra, el proyecto europeo seguirá herido y no desaparecerán la desafección ni el escepticismo. Las políticas sociales son las más tangibles y cercanas a los ciudadanos; son las que más sirven para amasar una sociedad integrada. Por eso, deben impulsarse con firmeza y con tacto.

Recuperar la visión: el horizonte europeo

En los inicios del proyecto europeo, sus líderes fundadores supieron combinar, a partes iguales, el idealismo de apostar por un proyecto que parecía utópico y el realismo de dar pasos concretos y pragmáticos. La búsqueda de un consenso básico entre las corrientes democristiana, socialdemócrata y liberal permitió alcanzar un acuerdo de fondo que proporcionó estabilidad y cohesión social. Es posible que este marco, tal como lo hemos conocido de la mano del Estado de Bienestar clásico, esté agotado. Pero la alternativa no puede ser un escepticismo ramplón, sino más bien, un nuevo impulso renovador que recree lo mejor del modelo heredado y lo transforme con creatividad. Sin embargo, desde hace ya demasiados años, tenemos la impresión de que el liderazgo europeo está demasiado ausente, es excesivamente gris y viene dominado por una mentalidad tecnocrática que difícilmente puede movilizar a la ciudadanía.

Todo esto arranca mucho antes de la crisis (financiera, económica, social, institucional) que vivimos y nos lleva más allá de ella: no se trata de algo coyuntural o pasajero, sino de un elemento estructural. Si ampliamos la mirada, podemos reconocer que estamos ante las convulsiones de un conflicto producido por la globalización. La dinámica dominante es, de manera evidente y cada más fuerte, una dinámica global. Ahora bien, como resulta muy difícil gobernar esta tendencia —porque los mecanismos existentes son inadecuados para ello y se muestran ineficientes, y porque no sabemos o podemos dotarnos de nuevos mecanismos ajustados a la nueva realidad— surgen reacciones locales o nacionales que parecen dar seguridad en momentos de incertidumbre. Buena parte de los populismos, escepticismos y extremismos que vivimos se explican desde esta dinámica; pero también así se explica que, en verdad, cabe esperar poco recorrido histórico a los mismos.

El conocido «trilema político de Rodrick» señala que hay tres factores que explican nuestra realidad actual (democracia, Estado-Nación y globalización), pero que sólo dos de ellos son compatibles entre sí de manera simultánea. Concretamente, Dani Rodrik defiende un modelo de gobernanza que combine globalización y democracia, pero sabiendo que ello significa renunciar a la soberanía del Estado-Nación. El proceso de unificación europea podría significar un paso en esta dirección, dado que no parece posible llegar a una autoridad mundial de un solo paso, sino que más razonable parece lograrlo de manera escalonada. En todo caso, la apuesta por una Europa reforzada nos parece adecuada en este contexto de globalización, junto con otros actores globales como Estados Unidos, Rusia, China o la India. Un proyecto de esta envergadura requiere visión amplia, liderazgo claro y decisión vigorosa.

En resumen, el horizonte actual en Europa y en el mundo pide superar el triste escepticismo, el mero pragmatismo y el europeísmo ingenuo. Necesitamos más y mejor Europa. Como ha indicado el papa Francisco, hacen falta políticos que «levanten la mirada y amplíen sus perspectivas» para «superar la dicotomía absoluta entre la economía y el bien común» (*Evangelii Gaudium*, n. 205). Sólo así podremos recuperar el sentido de Europa y sólo así podremos esperar que los ciudadanos se sientan vinculados y animados a este proyecto apasionante y necesario. ■